

PRESENTACIÓN DEL LIBRO DE JACQUES GALINIER  
EL ESPEJO OTOMÍ. De la etnografía a la antropología psicoanalítica.  
Presentación de: Araceli Colín  
Facultad de Filosofía, UAQ, 8 de septiembre de 2010.

La obra sobre la que conversaremos hoy, publicada el año pasado (2009), fue editada por el Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, el INAH y la Comisión Nacional de los pueblos indígenas; reúne trabajos que en su mayoría fueron escritos originalmente en francés y publicados en revistas especializadas. El más antiguo es de 1979 y el más reciente de 2004. Tratan sobre los hallazgos de J. Galinier acerca de la cultura otomí con las variantes que presentan los grupos orientales de la huasteca. En ese sentido, advierte el autor, no pueden ser válidos sino para este grupo, aún y cuando existen otros grupos otomíes que se encuentran en diversas regiones de nuestro país.

Del nombre del libro: **El espejo otomí**, dice el autor que está en perfecta sintonía con la cosmovisión otomí. Los espejos son instrumentos chamánicos y artefactos del Carnaval, adornan los sombreros de los viejos. Los espejos dice, proporcionan una imagen especular del inframundo, permiten explorar el espacio de las inversiones.

El término otomí que les fue atribuido por sus conquistadores, significa en náhuatl "tosco, vulgar" mientras que su etnónimo, n'yûhû, puede traducirse como "piel, envoltorio del pene, identidad del hombre".

Como dice el autor, los trabajos aquí reunidos, dan cuenta de un largo recorrido metodológico experimentado por él en el que se aprecian dos modos de mirar a la cultura otomí, dos concepciones de la antropología: 1) la de los pioneros, suerte de cartógrafos de los espacios étnicos con la que se identifica totalmente pues se relaciona con su formación como antropólogo en Francia, cuando su principal interés era hacer una descripción lo más pormenorizada posible de la vida cotidiana de las comunidades de la Sierra, y 2) la que desbrozan actualmente los exploradores de la vida psíquica. El segundo momento se deriva de un posicionamiento distinto frente a la cultura otomí, que le procuró ésta misma, en el intento de descifrar sus enigmas. Dicho cambio en su perspectiva no se dio de un día para otro sino que se fue gestando como los buenos vinos, con mucho tiempo y una actitud de cuestionar una y otra vez las certezas así como mantener abierta la dimensión de las incógnitas que le planteaban este grupo étnico por el modo como lo incitaban a reflexionar en términos de sus propias inquietudes antropológicas. Esto que él llama "segunda etapa de la investigación", le llevó a situar "... el cuerpo como modelo cognitivo al servicio de una lógica del intercambio sexual, de una concepción atípica de la persona en su relación con el orden cósmico, para desembocar, finalmente en una etno-teoría del inconsciente y de la vida psíquica." (p.14)

En ese sentido, nos advierte el autor, estos textos aquí reunidos pretenden ofrecer un enfoque alternativo sobre sus prácticas rituales y su concepción del

mundo en la que adquieren un lugar central la piel como marcador identitario, así como la putrefacción, el concepto de sacrificio y la erotización desenfadada del cosmos.

Mi encuentro con Jacques Galinier, a quien me une una amistad, se remonta al tiempo en que yo era estudiante del doctorado en Antropología en la UNAM. Al encontrarme con sus trabajos advertía que había en ellos una alteridad completamente distinta a otros trabajos antropológicos que yo leía. Me preguntaba si era la influencia de la cultura francesa que me era cercana a la disciplina en la que más me he formado que es el psicoanálisis lacaniano y los pensadores franceses con los que esta disciplina ha dialogado. Lo cierto es que al leer sus trabajos me parecía que tenían huellas de Freud, aunque no había un solo término o concepto que me permitiera afirmarlo, era una suerte de lógica en el tratamiento del problema lo que yo advertía y una cercanía con lo que encontraba en ese tiempo en Malinalco: que la muerte y la sexualidad son matrices simbolígenas.

Los textos de Galinier están plagados de evidencias empíricas, un análisis muy ceñido a las posibilidades polisémicas de la lengua ñaño (ejemplo *š* es un clasificador morfémico que significa piel y podredumbre) y se apoya en argumentos tomados de las glosas de los informantes sobre su vida cotidiana y sobre los rituales. No son resultado de la especulación. Tanto la antropología como el psicoanálisis son ante todo una praxis a partir de la cual se producen sus respectivos saberes.

La riqueza y originalidad que se produce en el encuentro entre disciplinas no ha sido muy bien acogida en México, me refiero particularmente a la antropología y el psicoanálisis. Como dice Foucault, una de las formas de control del discurso es la disciplina, y esta forma de control frena la publicación y el aliento que requerirían nuevas miradas que producen una cierta subversión con el orden académico instituido. Si un artículo no es muy antropológico o "huele" a otras lógicas sencillamente no se publica. El temor a la crítica de los de la parroquia es muy grande, muchas veces se critica lo que no se conoce o no se ha leído, y la aventura para abrir nuevos caminos está plagada de obstáculos de muy diverso orden.

La nueva antropología para Galinier deja a un lado el cientificismo de otro siglo para dar paso a las expresiones culturales del psiquismo sin las cuales cualquier interpretación de su sistema de valores estaría incompleta. Coincido con el autor en que no acabamos de sacudirnos el corsé del positivismo. Jamás podremos acceder al hecho en cuanto tal, el dato más empírico es resultado de una construcción, de una perspectiva, ese es el carácter cualitativo de las ciencias sociales.

Es posible apreciar en cada párrafo de estos textos la pasión con la que se ha realizado el trabajo de campo y la pasión de Galinier por la cultura otomí. Esta situación no es frecuente. Eso hace de la lectura de sus trabajos un placer que invita a adentrarse como lo ha hecho él.

Galinier incursiona en un ámbito nuevo. Produce un saber que como toda criatura recién nacida requiere un espejo que le devuelva su imagen integrada y a la vez su alteridad, imagen integrada no sólo en el libro, sino integrada por el acto público de la transmisión del saber, acaso esa es la función de todas las presentaciones de libros-. La escasez de este tipo de estudios –nos dice- impide un análisis comparativo con otros grupos étnicos. Su conclusión es que los otomíes obligan a reflexionar sobre una teoría original de lo inconciente. Fueron los otomíes los que lo llevaron a Freud y no a la inversa.

Por esa razón me detendré en este punto. Me voy a referir al capítulo intitulado "Un pensamiento que fracasa. La teoría otomí del inconciente." En esta teoría las nociones más relevantes son: *pâdi* (saber), *šüntüški*, (saber delicado) *makhwani* ("lugar del corte", experiencias de verdad), y *nzahki* (fuerza) (*nza*, radical que significa árbol, pene erecto). Un pene erecto es una potencia, pero no sólo en sentido sexual, sino que es también símbolo de una potencia, las potencias, entre los humanos, cualquiera que sea su naturaleza, se yerguen y decaen, ascienden y desfallecen como la vida misma.

La noción de inconciente otomí está ligada a un saber al que no se accede fácilmente, ese saber se expresa, se vuelve parcialmente visible, en condiciones muy particulares, preferentemente rituales, pero también en los sueños y en la vida sexual. Es un saber ligado a los ancestros, se presentifica como fuerzas que habitan en el cosmos y en la persona (*khâi*), en ésta se localizan en la parte baja del cuerpo que pertenece a la noche. Exceptuando la concepción cultural del cuerpo, esta noción es también la noción de inconciente freudiana.

Cito:

"En el terreno, el observador escucha hablar de "fuerzas" que circulan tanto al interior como al exterior del cuerpo, de instancias jerarquizadas que gobiernan sus pensamientos y sus actos. Pero igualmente de un "saber" *pâdi* que se le escapa, de un enigma, de una mentira, incluso de una especie de trascendencia vinculada con experiencias de "verdad" (*makhwani* "lugar del corte"), experiencias de verdad que acompañan a toda relación sexual en el momento de la penetración de una monstruosa vagina dentada"

Este trío saber-verdad y sexualidad es también eminentemente psicoanalítico, pero no porque Freud lo haya inventado, sino porque su praxis le mostró una y otra vez esta relación. Freud escuchó de sus "informantes" clínicas que le decían: "ello es más fuerte que yo" para referirse a una fuerza que las empujaba a realizar ciertos actos sin saber porqué y sin poder dominar ese impulso. Lo sorprendente es la enorme cercanía para observar dicha relación en dos lugares del mundo tan distintos y con lenguas diferentes.

Ellos, los otomíes, conceptualizan un juego de fuerzas que escapa a la conciencia, lo nombran *tâkwati*, "el mundo del otro lado" y se puede ver la enorme cercanía de esta frase con la del psicoanálisis que nombra lo

inconciente como "la otra escena". Otra escena que escapa a la conciencia, un conflicto del que no se tiene noticia porque se sitúa en otro lugar del psiquismo, un saber que se escapa. Eso mismo que encontraron los otomíes desde hace muchos siglos quizás, lo encuentra un europeo de nombre Freud a fines del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX a través de una praxis *sui generis* pues buscaba escuchar y estudiar sobre diversas formas de sufrimiento que eran rechazadas por la ciencia positiva y evolucionista de su tiempo. El analista como el chamán son mediadores en la producción de un saber inaccesible por el consultante solo. El saber se produce intersubjetivamente.

Ese saber "delicado" y prohibido para la conciencia lo denominan los otomíes šüntüški. La noción de conciencia para el psicoanálisis no designa todo el ser pensante de la noción marxista ni todo el sujeto como lo pensaba Hegel sino sólo una cualidad de la memoria accesible al decir. Por oposición lo inconciente es lo aún no sabido, pero cuyas trazas habitan en la subjetividad. La conciencia freudiana es una mera superficie a donde llegan ciertas noticias de esos "saberes" inconcientes que nos habitan, noticias de un recuerdo, un nombre, un dato, un pensamiento, es decir aquello de lo que se puede dar cuenta. Y todo lo que escapa a la memoria, que se va, que se escapa, que se tiene en la punta de la lengua pero no viene, o todo aquello que realizamos pero de lo que no podemos dar cuenta de porqué lo hacemos, es lo inconciente. Es un proceso altamente dinámico.

El subtítulo, *un pensamiento que fracasa* se refiere a la limitación de la metáfora del viejo costal que no permite dar cuenta del cambio. Es como si inmovilizara su noción de inconciente. Conjeturo que quizás también el pensamiento que fracasa es el pensamiento conciente pues le falta ese otro saber de lo inconciente.

El Viejo costal (tøzâ) es un actor que va vestido con ese saco, hecho de fibra de agave, en los rituales de "apertura" del Carnaval. Lleva una máscara negra provista de una nariz protuberante y se apoya en un bastón marcado con un motivo helicoidal, fotografía que apareció en la invitación a esta presentación. El viejo costal es una metáfora. Cito: "El saco es símbolo nocturno, lunar, vinculado con la salida de la esencia que embriaga a la palabra espermática". El bastón helicoidal simboliza para los otomíes las revoluciones cósmicas efectuadas por el Señor del Mundo y el torbellino del acto sexual. Su segundo significado es el de ser un continente de "memoria" de los sucesos vividos, sueños, representaciones: estas últimas pueden escapar de ahí en periodos críticos de la existencia considerados como "rituales": sesiones chamánicas, encuentros sexuales, encuentros con espectros. El viejo costal es tanto intracorporal como existente en algún lugar peligroso del cosmos como podría ser una cueva o un acantilado del jurásico.

Me parece que el viejo costal, siguiendo a Galinier, es una especie de ombligo del sueño generador de palabras nuevas, es un punto de creación. El nos dice además que el viejo costal es una especie de inconciente "en negativo" ajeno a la subjetividad específica de cada individuo. Supongo que la acepción de esta

expresión "en negativo" se refiere a lo no subjetivado, lo no realizado, y en ese sentido es también un deseo, una motivación una fuerza en potencia, una cierta tendencia a la espera de su despliegue. Este inconciente "en negativo", (p. 134) Galinier lo llama universal. Habrá que ver cuál es su diferencia con el inconciente junguiano. Porque para Freud, a diferencia de Jung, el inconciente sería altamente singular, si bien está atravesado por discursos culturales, es altamente singular entre un sujeto y otro, incluso si son hermanos.

La función del chamán es la de mediador entre el consultante y las imágenes-fuerza o jueces. Los jueces hacen oír su voz. Parece ser del orden de lo audible pero también de lo visible, lo que no se sabe está ligado también a lo que no se ve. Esta dimensión del ver la señala el autor varias veces en relación con el acto ritual de levantar los párpados de papel de las figurillas. Me llama la atención que les llamen "jueces" *s'ut'abi* o (ídolos); Pues heredamos en los discursos, de nuestros ancestros, frases en forma de juicios que encierran un mundo de valores en el que estamos situados sin saberlo cuando no hemos interrogado suficientemente qué voces hablan en nosotros.

En ese sentido para Galinier la noción de *trieb* (o pulsión) freudiana y la noción de fuerza (*nzahki*) otomí son extraordinariamente cercanas, siguiendo al autor son cercanas en cinco aspectos al menos: 1) Ambas están conceptualizadas como fuerzas, 2) están asociadas a una representación psíquica, 3) están ligadas a experiencias del eros humano, 4) están ligadas a un saber que no es de autoría individual sino procedente de los ancestros y, 5) Los otomíes dicen que en el cuerpo se erige una pared que impide la elevación de estas instancias del mundo de abajo. Advertieron que existe una resistencia del saber inconciente para emerger. Freud llamó a esta fuerza que se opone al devenir conciente de ese saber rechazado: "Verdrangung" que significa esfuerzo de desalojo (desalojo de la conciencia, de pensamientos que son insoportables para el sujeto). Es como si dijera "de eso no quiero saber nada". Los jueces rigen la parte baja del cuerpo y expresan una palabra de verdad a través de la cola. Lacan, lector de Freud, dirá que la verdad del sujeto se expresa en la cama sea por el sueño sea por el sexo con otro.

Pero Galinier encuentra una sexta cercanía y es la metapsicológica. Por metapsicología Freud entiende poder dar cuenta de un acontecer humano en términos tópicos, económicos y dinámicos. Y esos tres registros aparecen también entre los otomíes. Si bien las tradiciones epistémicas que recoge el autor vienen en torno al *drang* (fuerza) de la pulsión no son las mismas que las que recoge una etnia en este continente, sorprende advertir que la fuerza designa una tendencia, algo que empuja en una cierta dirección que genera conflicto con otras fuerzas y esta noción universal de la condición humana es observada por ambas teorías. Ambas teorías, tanto la étnica y chamánica como la psicoanalítica, son resultado de una paciente observación de la naturaleza humana.

Las consultas chamánicas tienen como eje el desnudamiento del concepto *nzahki* "fuerza" y de sus representaciones. Las fuerzas tienen las mismas

características anatómicas, fisiológicas y psicológicas que el ser humano. Se les representa como figurillas antropomorfas.

El viejo costal se presenta "en negativo", quiero suponer que se refiere a la metáfora de la fotografía antigua antes de que el rollo fuera revelado, o bien aquello que aún no se realiza y en ese sentido tendría la dimensión de un deseo. Pero de un deseo que se recoge de otras generaciones como fuerza que empuja en cierta dirección y no en otra.

Uno de los recursos privilegiados para acceder a este saber delicado (*šüntüški*) de lo inconciente es la experiencia onírica. El consultante lleva sus sueños con el chamán para que a través del ritual él le ofrezca claves para su desciframiento. De los sueños Galinier nos habla en otro capítulo al que no me referiré sino muy brevemente, y destaca que han sido muy poco estudiados.

Los otomíes han mostrado que los sueños no pueden ser concebidos como experiencias sensoriales idiosincráticas; deben ser examinados como mensajes colectivos codificados culturalmente. La exploración de los actos psíquicos que ocurren durante el tiempo del sueño recuerda de nuevo el concepto de "ida y vuelta" (*mba/ehe*), que repite el movimiento de los órganos sexuales. Esta metáfora enfatiza la interfase entre el cuerpo y el mundo, y el aspecto dinámico de esta relación espacial y temporalmente. Afirma el autor que ha insistido en varias ocasiones sobre el hecho de que la experiencia del sueño es socializada de inmediato, ya que activa un campo energético.

Pero creo entender que si bien las claves del sueño son culturales, por esa porosidad de la piel para mantener el contacto entre el cuerpo y el cosmos, la consulta chamánica también produciría un saber específico para el consultante. Pues es éste quien formula la demanda ante el chamán. En todo caso queda como una pregunta para el autor.

Refiere Galinier que la entrada al sueño y al dormir es necesariamente vinculada al "corte" que generará la dispersión de los diversos *kwa* en el espacio subterráneo. Y los montajes del Carnaval recrean los paisajes oníricos justo como son descritos por los chamanes otomíes. El carnaval introduce "el mundo del otro lado" ya sea de forma dramática o cómica. Los personajes espantan, recrean la cosa materna, la angustia, *su*, lo que espanta. En el sueño se fusionan las generaciones y se acumula la suciedad de las generaciones pasadas lo mismo que una multitud de seres pequeños. De modo que el carnaval provee claves para entender el sueño y viceversa. La lógica onírica es consistente con la lógica ritual por ejemplo en dos categorías como la de apertura y la del principio de inversión. Dormir es desnudarse de una fracción del propio cuerpo por eso se le asocia con el sacrificio.

Galinier refiere una canción del Viejo que da cuenta como la mutilación paradójicamente se transforma en potencia:

¿A dónde vas, Viejo decapitado?

Voy a tocar (música).  
¿A dónde vas, Viejo Tonto?  
Voy a cantar en español  
¿A dónde vas, Viejo ciego?  
Voy a ver a las muchachas,  
¿A dónde vas viejo sin boca?  
Voy a comer huesos  
A dónde vas, Viejo sin pies?  
Voy a saltar.

Esta noción de algo que falta en el cuerpo me parece sumamente interesante pues es precisamente lo que nos falta lo que da una dimensión erótica a los seres humanos, un deseo, una potencia. Y es sorprendente como los otomíes articulan esta noción de falta al ámbito onírico lugar por excelencia de la escritura de lo inconsciente. Para Freud el sueño es una escritura de eso que nos falta y que el sueño realiza alucinatoriamente en la pantalla del sueño.

Quiero dejar aquí mi comentario y las innumerables preguntas que la lectura de este libro suscita e invitar a los aquí presentes a la lectura de este libro que parece un chamaco recién nacido que voló, partió antes de ser presentado a esta sociedad queretana de interesados en el mundo otomí, pues al parecer el libro ya se agotó y ahora esperamos o nuevos ejemplares de bodega o una nueva edición. Muchas gracias al autor por este texto y al público por su atención.